

## CONVERSATORIO CHINA-ESTADOS UNIDOS, ¿LA GUERRA SIGILOSA?

Sergio LEY LÓPEZ\*

SUMARIO: I. *La dimensión histórica.* II. *La dimensión económica.* III. *Qué podemos esperar.* IV. *Implicaciones para México.*  
V. *Anexo.*

La relación Estados Unidos-China ha sido un tema largamente recurrente en la atención de sinólogos, politólogos, economistas e internacionalistas alrededor del planeta. Más recientemente, se ha convertido, también, en un asunto de interés general, dada la magnitud de los actores involucrados y el enorme impacto que dicha relación y las consecuencias derivadas de ese relacionamiento tienen sobre el resto del mundo.

Desde el acercamiento estratégico de principios de los setenta del siglo pasado, que propició, primero, el encuentro Nixon-Mao de 1972,<sup>1</sup> y, posteriormente, el establecimiento de

---

\* Presidente de la Sección Empresarial para Asia y Oceanía del COMCE, y vicepresidente ejecutivo nacional de COMCE. Embajador de México en Indonesia 1997-2001; embajador de México en China 2001-2007.

<sup>1</sup> El primer paso concreto para la visita lo había tomado Washington un año antes, cuando en julio de 1971, Henry Kissinger, consejero de Seguridad Nacional, aprovechando un viaje a Pakistán, realizó una visita secreta a Pekín, donde se reunió con el premier chino, Zhou Enlai, con quien trazó el camino del acercamiento. En un ejercicio de *realpolitik*, Kissinger admitió la rivalidad ideológica entre ambos países, pero también resaltó el deseo de ambos de una distensión. Zhou aceptó la posibilidad del acercamiento, y se dejó abierta la opción de una visita oficial de Nixon. Del 21 al 28 de febrero de 1972, Richard Nixon viajó a

relaciones diplomáticas a partir del 1 de enero de 1979, los vínculos sinoestadounidenses han crecido sustancialmente.

Sin embargo, la llegada de la administración Trump ha catalizado un proceso de descomposición acelerada de los nexos bilaterales que ya venía encubándose desde antes. Si bien es cierto que con Trump los estándares mínimos de entendimiento y confianza mutua han desaparecido, la esencia de las contradicciones actuales y futuras no son responsabilidad exclusiva de Trump, sino más bien reflejo de un momento histórico complejo y único: la confrontación geoestratégica entre dos potencias en momentos totalmente diferentes de su desarrollo, una China en ascenso vertiginoso y un Estados Unidos maduro, con visibles señas de declive, pero sin intenciones de compartir el liderazgo global.

Este hecho incuestionable pauta cualquier debate en torno a la relación China-Estados Unidos, y nos permite entender con claridad que es un conflicto que no concluirá pronto, ni tan siquiera con una eventual salida de Trump en las elecciones de noviembre de este año. Este problema nos acompañará durante las próximas décadas, ya que tiene que ver con la primacía geopolítica global. La profundidad de las interconexiones entre ambos países, principal, pero no exclusivamente económicas, son un factor de complejidad añadido.

Lo que sí es posible y deseable es una reconducción del manejo de las relaciones bilaterales, al menos, al carril en que se desarrollaba antes de Trump, donde si bien los vínculos no estaban exentos de contradicciones, agudas por demás, existía la capacidad y la

---

Pekín, a Hangzhou y a Shanghái. El mismo día de su llegada a Pekín fue recibido por Mao Zedong. El por entonces secretario de Estado estadounidense, William P. Rogers, fue excluido de este encuentro a petición de los delegados chinos, y el único estadounidense presente, además de Nixon, fue el consejero de Seguridad Nacional (y después embajador de Estados Unidos en China), Winston Lord. Para evitar dejar en vergüenza a Rogers, Lord no apareció en las fotografías oficiales del encuentro. Aunque Nixon estuvo una semana en China, ésa fue la única ocasión en la que Mao lo recibió. Nixon sí pudo sostener varios encuentros con el primer ministro Zhou Enlai durante su estancia.

voluntad política de que la rivalidad no implicara, necesariamente, un riesgo sistémico a la estabilidad global. En otras palabras, se apostaba por la colaboración en temas trascendentes de la agenda global y bilateral, como terrorismo, cambio climático, control de armamentos, Irán, Corea del Norte, etcétera, sin renunciar a la defensa de los intereses nacionales de cada parte.

## I. LA DIMENSIÓN HISTÓRICA

Mucho se ha escrito a propósito de la naturaleza y las motivaciones que subyacían en el fondo del proceso de acercamiento entre Estados Unidos y China. Éste, que podría pensarse era un tema superado, ha vuelto a ponerse en boga recientemente por el gobierno estadounidense,<sup>2</sup> que ha venido reiterando su cuestionamiento sobre la validez de la estrategia de acercamiento a la luz de los resultados obtenidos más de cuarenta años después.

Las motivaciones de Washington para el acercamiento y despegue de las relaciones con Pekín fueron básicamente de contenido geoestratégico y económico, y respondían tanto a

---

<sup>2</sup> El 20 de mayo de 2020, la secretaria de Prensa de la Casa Blanca publicaba el documento: “Enfoque estratégico de Estados Unidos con respecto a la República Popular China”, donde Washington se cuestionaba la política de acercamiento estadounidense hacia ese país, iniciada a principios de los años setenta. El documento comprende una profunda reevaluación sobre como Estados Unidos entiende y responde a China, desde el “realismo basado en principios”, a la vez que identifica y reconoce la competencia estratégica bilateral de largo plazo China-Estados Unidos. El documento está disponible en: <https://translations.state.gov/2020/05/20/enfoque-estrategico-de-estados-unidos-con-respecto-a-la-republica-popular-china/>.

Posteriormente, el 23 de julio, el secretario de Estado, Mike Pompeo, dio un discurso en la Biblioteca y Museo Presidencial Richard Nixon, en Yorba Linda, California, donde reitera los principios esenciales del documento anterior, ya citado, a la vez que expresa su frustración al constatar que China, contrariamente a lo deseado e imaginado por ellos, siguió su propio camino y no imitó a Estados Unidos. El discurso completo puede leerse en: <https://translations.state.gov/2020/07/23/secretario-de-estado-michael-r-pompeo-discurso-en-la-biblioteca-y-museo-presidencial-richard-nixon-la-china-comunista-y-el-futuro-del-mundo-libre/>.

las condiciones concretas del momento como a los intereses geopolíticos de Washington. En rigor, el atractivo de sumar a China a la contención de Moscú implicaba no sólo ahondar aún más en la división de las fuerzas comunistas internacionales, sino también descansaba en la posibilidad no sólo de acceder a un vasto y prometedor mercado en un plazo relativamente corto, así como en la perspectiva de influir desde adentro a una renuncia del camino socialista, teniendo en cuenta las expectativas en torno al rumbo político que estaba iniciándose en China. La presión de la situación regional sobre los intereses estadounidenses también apuntalaba la necesidad de Washington de afianzar las relaciones estratégicas con China. Por otro lado, el hecho de que Pekín tuviera firmados acuerdos comerciales con Japón, Francia y Alemania Federal, que suponían ventajas comerciales comparativas de estos países respecto a Estados Unidos. en la competencia por el gran mercado chino, fue factor catalizador para el establecimiento oficial de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y la República Popular China, a partir del 1 de enero de 1979 y el posterior desarrollo de los vínculos bilaterales.

Por su parte, para Pekín, hacia fines de los años sesenta, con el estallido de conflictos armados en la frontera sinosoviética, el acercamiento a Occidente devino prioridad esencial para el trazado de su política exterior. Factores como la tendencia a la ideologización extrema de la vida nacional que determinó la ausencia de una estrategia de desarrollo coherente y la exacerbación de las contradicciones sinosoviéticas con el corte radical de sus vínculos económicos y comerciales, propiciaron dicho acercamiento. En otras palabras, la coincidencia estratégica con Occidente vino a sustituir los intereses unilaterales de Washington de incorporar a China a la confrontación con la URSS. Sin embargo, el inicio del proceso de reforma y apertura implicaba, de hecho, una orientación a disminuir la tirantez internacional. Las máximas autoridades del partido y el gobierno ganaron consenso en la comprensión de que las reformas que se realizaban al interior del

país eran un proceso extraordinariamente difícil y largo, y, por ende, la tarea de crear para ellas “una situación internacional favorable era también de larga duración”.<sup>3</sup>

En ese contexto general, a fines de la presidencia de Jimmy Carter, parecía que se abrían las más amplias perspectivas a la coparticipación norteamericana con China sobre una base antisoviética, pero se dejaron sentir las diferencias estratégicas entre las partes.<sup>4</sup> Como decía M. Okserberg, por entonces especialista en problemas de China en el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, “...fue en ese tiempo que los chinos concluyeron que el incremento de la tirantez soviético-estadounidense no coincidía necesariamente con los intereses de China: podía arrastrarla de improvisto a un conflicto que no deseaba”.<sup>5</sup>

Deng Xiaoping entendió que la complementación a largo plazo de las aspiraciones nacionales pasaba, necesariamente, por abandonar los intentos donde China se había mostrado menos eficaz, para concentrarse en la creación de un ambiente externo favorable a la realización de las metas de su política interna. Como resultado de la comprensión de los nuevos requerimientos de su política exterior, el país comenzó a colocar en un segundo plano lo que hasta 1980 parecía una convergencia estratégica con Occidente, potenciando, todavía más, el factor económico, en el relacionamiento con estos países, por encima de cualquier otra consideración ideológica, política o estratégica. En otras palabras, el acercamiento chino a Estados Unidos y al resto de los países

---

<sup>3</sup> Deng Xiaoping, *Obras escogidas*, vol. III, Beijing, Editorial en Lenguas Extranjeras 1986.

<sup>4</sup> La dirigencia china comenzó a pensar si la estrategia de frente único se correspondía con las demandas que presentaba el fomento económico del país, puesto que la mencionada estrategia implicaba el mantenimiento a alto nivel de la confrontación con la URSS y supeditaba en medida considerable a este objetivo las demás orientaciones de la política exterior, lo que encerraba el peligro de desembocar en graves lesiones a la independencia de China.

<sup>5</sup> Oksenberg, M., “Una década de relaciones sino-norteamericanas”, *Foreign Affairs*, vol. 61, New York, núm. 1, 1982, p. 191.

desarrollados se concibió, desde entonces, como una respuesta pragmática a la urgencia china de acceso a la inversión, a las tecnologías, al capital y a los mercados como punto de partida necesario para la implementación del programa de reforma y apertura.

Acorde a esta perspectiva, el impulso a la desideologización en los vínculos exteriores y el afianzamiento de la teoría de la multipolaridad a nivel de visión del mundo significó para Pekín, la sustitución del enfoque de la confrontación en los asuntos internacionales por una visión más constructiva que se asentaba en la voluntad de lograr fórmulas mutuamente ventajosas de coexistencia con los socios, a fin de asegurarse las mejores condiciones de desarrollo socioeconómico. De esta manera, el prestigio de la RPCCh no se concebía más como prestigio basado en categorías puramente políticas o ideológicas, sino se trataba de conseguirlo, en primer término, por medio del fortalecimiento económico, comercial, tecnológico y financiero propio, y no en el socavamiento y debilitamiento de las demás potencias. Es decir, el despliegue de la más amplia cooperación internacional y la integración de China en el sistema de vínculos internacionales son, como recalcan los propios líderes chinos de entonces, la mejor garantía de que en el porvenir, la China próspera y consolidada sería factor de paz y estabilidad en el mundo entero.

Desde entonces, China comenzó un proceso arduo en la búsqueda, diseño e implementación de un modelo que desde su propia singularidad le permitiera recuperar, al menos en parte, su lugar en el mundo: la vuelta a la normalidad histórica. Sobre esta base, en los últimos cuarenta años China se ha convertido en la locomotora del crecimiento global, con un promedio anual superior al 9% para el periodo 1979-2019. El año anterior, China contribuyó con un tercio del crecimiento del PIB mundial, frente al 11% de Estados Unidos o el 4% de la UE, manteniéndose como el país que más aporta, posición que ocupa desde 2006. Desde 2012, se posicionó como la segunda economía más grande del mundo, con un PIB nominal que ascendió, en 2019, a los 14.38 billones

de dólares, mientras que ya es, desde hace unos años, la principal economía en términos del PIB medido por la paridad del poder adquisitivo, cuyo valor superó los 27 billones de dólares, durante 2019, muy por encima de los veinte billones de Estados Unidos.<sup>6</sup>

China es, también, desde 2013, la principal economía comercial, representando el año pasado el 12% del comercio mundial, el 13.2% de las exportaciones y el 10.8% de las importaciones totales, cuando en 1978 ocupaba el puesto 29, y significaba apenas el 0.8% del comercio mundial. En cuanto al comercio de servicios, China pasó del puesto 34 en el mundo en 1982, al segundo lugar en 2014. En 2019, el valor total de su comercio de servicios ascendió a los 779 mil millones de dólares, de los cuales 282 mil millones fueron exportaciones de servicios comerciales, cuarto a nivel mundial, y 497 mil millones en importaciones, segundo, muy próximo a desplazar a Estados Unidos.<sup>7</sup>

Por otra parte, China pasó de ocupar el puesto 122 mundial en la captación de inversión extranjera directa (IED) en 1979, al cuarto lugar en 2019, medido por la acumulación de IED. Sólo el año anterior captó flujos de IED por valor de 141, 225 millones de dólares, con una acumulación que superó los 1,769,486 millones de dólares, lo que representa crecimientos con respecto al 2018, del 8.7%. Con respecto a 1980, el crecimiento del acumulado de inversión extranjera captada por China ha crecido en un 164,656.6%, mientras que en el mismo periodo el de Estados Unidos, que sigue siendo el país que más IED capta, creció un 11,298.3%. Un dato que es todavía más llamativo, si cabe, es que China se ha transformado en uno de los mayores exportadores de capital, y sus inversiones en todas las regiones del planeta han crecido de una

---

<sup>6</sup> Los datos sobre el PIB están basados en las estimaciones del FMI para 2019, mientras que el cálculo de la tasa de crecimiento del PIB para el periodo 1979-2019 es cálculo del autor sobre la base de los datos del portal Internet Datamacs.

<sup>7</sup> Todas las cifras relacionados con el comercio, tanto de mercancías como de servicios, son datos oficiales de la OMC, tomados de [https://www.wto.org/spanish/news\\_s/pres20\\_s/pr855\\_s.htm](https://www.wto.org/spanish/news_s/pres20_s/pr855_s.htm).

manera exponencial. China ya es, por la acumulación, la tercera economía que más invierte en el extranjero, con un valor total que el año anterior ascendió a los 2, 099,400 millones de dólares, un crecimiento del 5.9% con respecto a 2018.<sup>8</sup>

Sin duda, su renovado poderío ha tenido un impacto global dramático a nivel económico, financiero, comercial, e incluso tecnológico. China ha tratado de manejarse con cautela, pero las dimensiones y rapidez de su crecimiento, sin parangón en la historia, interfieren, quíeralo o no, con los equilibrios geoestratégicos de larga data cimentados sobre la base de los intereses de un puñado de países desarrollados, con Estados Unidos a la cabeza, disparando sus ansias, temores y hostilidad.

Es imperativo señalar que en los últimos cuarenta años China no tuvo la intención de patear el tablero estratégico; por el contrario, se adaptó a las condiciones que otros diseñaron y acomodaron a sus propios intereses. Es decir, jugó con las reglas del juego que le impusieron. Sin embargo, desde el principio su modelo se caracterizó por el alejamiento de paradigmas anteriores, buscando en sus propias condiciones las respuestas a las necesidades específicas de su desarrollo, aunque con una actitud siempre pragmática, abierta al diálogo, y al estudio de experiencias ajenas, donde encontró elementos que adaptó e incorporó a su propia estrategia de desarrollo.

Tras lustros de cooperación mutuamente beneficiosa en numerosos campos, Washington abrió camino a la contención, transformándose en abierta confrontación bajo el mandato de Donald Trump. En las explicaciones para justificar la irritación con China desde Estados Unidos se señala como uno de los elementos de mayor peso su frustración, por el hecho de que China ha seguido un modelo propio de desarrollo, y no muestra ningún interés en copiar o adoptar el modelo “democrático” occidental.

---

<sup>8</sup> Los datos relacionados con la inversión directa, tanto entradas como salidas, son tomados de la UNCTAD, y están disponibles en: <https://unctadstat.unctad.org/wds/TableViewer/tableView.aspx>.



El berrinche resultaría risible si no fuera por la actitud hegemónica, antidemocrática y hasta supremacista que implica una defensa tan poco seria del supuesto principio de la “invencibilidad” del modelo liberal occidental. La raíz del problema tiene que ver con el derecho que tiene o no tiene China o cualquier otro país, a adoptar el camino de desarrollo que mejor se adapte a sus condiciones, con plena capacidad de rechazar o aceptar, total o parcialmente, las experiencias ajenas. La persistencia china en establecer un modelo propio, adaptado a sus condiciones nacionales y con base en las premisas que soberanamente decidan, incluyendo entre ellas la búsqueda y ejecución del socialismo con peculiaridades chinas, sirve de argumento para instigar la implantación del conflicto. La administración Trump, a la que internamente le funcionó a las mil maravillas la polarización social como estrategia electoral, ambiciona trasladarla ahora al ámbito global señalando a China como el enemigo, el socio desagradecido que puede poner en peligro el *statu quo* y el modelo de vida norteamericano. Y cualquier excusa vale para ello: desde la violación a los derechos humanos, la novedosa trampa de la deuda, hasta la bochornosa y racista manifestación del “virus chino”.

## II. LA DIMENSIÓN ECONÓMICA

La relación bilateral China-Estados Unidos, basada en el espíritu de los Tres Comunicados Conjuntos, avanzó sostenidamente, hasta crear una interdependencia económica, que ha actuado, históricamente, como un factor clave de contención en la escalada de las tensiones y las contradicciones de todo tipo, de las que nunca estuvo exenta esta vinculación. De una relación enfocada en los temas estratégicos pasó a otra, donde el peso se puso en los asuntos económicos y comerciales.

La configuración de las Cadenas Globales de Valor, la fragmentación de la manufactura y el proceso de globalización comercial, así como la consolidación del dólar como reserva de valor

global y el rol de China como gran ahorrador, pueden no comprenderse desconectadas de la integración entre la primera potencia económica mundial (Estados Unidos) y la de mayor crecimiento en las últimas décadas (China). Hasta hace relativamente poco tiempo este proceso era percibido tanto en Washington como en Pekín como una necesidad que respondía a los intereses fundamentales de cada parte, y que les era mutuamente ventajosa.

Desde la época de la administración Obama los implementadores de políticas habían asumido como una prioridad la necesidad de contener a China; como ejemplos baste citar al TPP original y Asia como pivote de la política exterior estadounidense, y, con ello, las contradicciones económicas y geoestratégicas crecieron rápidamente. El cambio responde a una visión por parte de la elite política asociada a una reducida parte del gran capital estadounidense, que considera la emergencia china y su accionar a nivel internacional, pero sobre todo su capacidad creciente de disputarle a Washington el predominio en la próxima revolución industrial, una amenaza real para Estados Unidos.

Una ojeada al primer incremento arancelario deja al descubierto las verdaderas intenciones de Washington, ya que éste cubría sobre todo productos de los sectores aeroespacial, tecnologías de las telecomunicaciones, robótica, informática y mecánica, todos implicados en el plan “Hecho en China 2025”,<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> El plan “Hecho en China 2025”, la apuesta gubernamental de Pekín por mantener un crecimiento sostenido basado en la innovación, la inteligencia artificial, la realidad virtual y el *Big Data*. El plan es consecuencia de la orientación estratégica establecida por los dirigentes del PCCh de crear capacidades de primera calidad en materia de innovación, y trasladar la base estructural de la economía hacia industrias más centradas en el conocimiento, y que se valgan de la innovación para mantener la ventaja competitiva. En efecto, el escenario principal en el que hoy se establece el pulso entre las empresas estadounidenses con las chinas es en el del llamado “tecnologías disruptivas”, las que están revolucionando la forma de producir, consumir y comunicarnos. El plan “Made in China 2025” (MIC 2025) es una estrategia nacional anunciada por el Consejo de Estado chino en mayo de 2015, con el objetivo central de aumentar, consolidar y balancear la industria de manufactura de China para convertir a este país en una potencia mundial con capacidad de influencia en los estándares internacionales y cadenas

considerado por Estados Unidos. como una intolerable señal del interés de Pekín de desafiar el predominio estadounidense en todos los sectores donde se juega el futuro tecnológico y la batalla por el dominio de sistemas revolucionarios, como la red 5G,<sup>10</sup> piedra angular de la revolución digital y de las tecnologías, que deberá asegurar una posición de predominio internacional para las empresas y gobiernos. En general, la visión que prevalece, incluso en Washington y Pekín, es que en esta cuestión Estados Unidos y China mantienen una competencia en la que el primero lleva aún la delantera, pero donde la segunda reduce aceleradamente la ventaja.

En definitiva, la actitud de Washington es un reconocimiento implícito al hecho cierto de que después de cuarenta años de reforma, China ha dejado de ser un actor marginal en estas lides, para convertirse en muchos de estos campos en el único país hoy con la capacidad tecnológica (véase anexo) y de economía de escala para disputarle el liderazgo a Estados Unidos.

Si alguien albergaba alguna duda sobre las verdaderas intenciones de la “Guerra Comercial” contra China, la persecución

---

de suministro, así como ser líder de la innovación a nivel internacional. De igual forma, a través de la modernización de su estructura productiva, el gobierno central busca revertir los efectos de la desaceleración económica en el mediano plazo. Este plan, elaborado por el Ministerio de Industria y Tecnologías de Información (MIIT, por sus siglas en inglés), tiene objetivos muy específicos prospectados no sólo hacia 2025, sino hacia 2049, año en que se cumplirá el 100 aniversario de la fundación de la República Popular China.

<sup>10</sup> Implica mayor velocidad y facilidad de conexión, mayor rendimiento y cobertura para conectar a las personas y los objetos. El objetivo es responder a la demanda de Internet móvil y al incremento del consumo de vídeo en celulares. La industria de las telecomunicaciones también espera que el 5G permita satisfacer la creciente demanda de conectividad vinculada con la digitalización de la sociedad y de la economía. Entre las numerosas aplicaciones para las que los operadores y los fabricantes de dispositivos esperan que se imponga el 5G como sistema preferencial de conectividad figuran los automóviles conectados y autónomos, la robotización, la industria 4.0, la telemedicina —y, en general, la salud conectada— y las ciudades inteligentes. Estimaciones mundiales auguran que hacia 2035 generará 3,5 mil millones de dólares de rendimiento y 22 millones de empleos en todo el planeta.

dentro de Estados Unidos y en el exterior, bajo coacción de Washington, de la que han sido objeto las principales empresas tecnológicas chinas, como Huawei y ZTE, terminó por disiparlas. Lo que está en juego no es ni remotamente un tema de acceso al mercado; se trata de una guerra de normas donde la ventaja comercial de definir estándares favorece hoy a proveedores tecnológicos chinos, y la intervención estadounidense busca entorpecer ese camino e intentar emparejar el terreno de juego para sus propias empresas, que hoy marchan, ciertamente, rezagadas en algunos aspectos de esa competencia. Éste es, sin duda, el meollo de la cuestión.

Aunque las partes negociaron un acuerdo a inicios de enero de este año,<sup>11</sup> el mismo acuerdo se centraba en medidas paliativas para enfrentar el déficit, y recogía el compromiso chino de mayores compras en Estados Unidos, pero no profundizaba en los temas esenciales del diferendo, plenamente conscientes ambos de sus limitaciones sobre el otro.

Estados Unidos quiere cambios estructurales en el modelo chino, una mayor apertura, menos involucramiento del Estado y del partido en las políticas industriales y en el control del mercado, y un menor peso del sector estatal. Ésas son, en definitiva, las demandas reales de Washington; pero saben que lejos de debilitarse, el modelo chino con el PCCh al frente, se fortalece. En el mejor de los casos, Pekín podría ofrecer ciertos ajustes para una mayor apertura del mercado chino en sectores estratégicos, como

---

<sup>11</sup> Enero 2020: las partes, tras largas y duras negociaciones, decidieron implementar para la fase 1, un acuerdo que buscaba poner fin a la guerra comercial. Los nueve capítulos del documento abarcan aspectos que han formado parte sustancial de la controversia: desde la propiedad intelectual a la transferencia de tecnología o la exportación de productos agrícolas. Aunque se mantenían tasas del 25% sobre unos 250 mil millones en importaciones industriales chinas, el acuerdo preveía la compra adicional, por parte de China, de mercancías por valor de doscientos mil millones de dólares incluidos dieciséis mil millones adicionales a los veinte mil millones anuales en exportaciones agrícolas estadounidenses. A cambio, Estados Unidos no impondrá más aranceles a China, y reducirá ligeramente los aranceles impuestos en septiembre. El inicio de la “fase dos” va a depender de cómo funcione este primer acuerdo parcial.

finanzas, industria automotriz, energía, etcétera; pero en cualquier caso lo harán desde la óptica de lo que consideren más oportuno y necesario para sus propios intereses. A cambio, no quiere restricciones a las compras de tecnologías avanzadas,<sup>12</sup> y busca que Estados Unidos la reconozca como una economía de mercado.<sup>13</sup> El

---

<sup>12</sup> La administración Trump desde el principio propuso actuar en dos ámbitos: barreras a la inversión china en empresas norteamericanas de tecnología y bloqueo a las exportaciones norteamericanas de alta tecnología dirigidas a China. Para lo primero, el Departamento del Tesoro aplica una normativa que prohíbe la compra de empresas tecnológicas e impone un techo de 25% a la propiedad de inversionistas chinos en empresas norteamericanas de “tecnologías industrialmente significativas”, y ese techo puede variar en función de consideraciones especiales. A su vez, el National Security Council y el Departamento de Comercio siguen desarrollando programas para reforzar el control de estas exportaciones, en particular las dirigidas a China. Como es comprensible, la postura china alega el derecho a invertir con libertad en los Estados Unidos, sin restricciones administrativas o de índole política. El argumento norteamericano alude al hecho de que la frontera entre la inversión privada y el Estado en China sería demasiado tenue y, por ende, cualquier inversión china en Estados Unidos tendría detrás al Estado. Sin embargo, no se trata de un tema esencialmente nuevo. Ya desde 2012 un informe del Comité de Inteligencia de la Cámara de Representantes promovía la prohibición nacional de los equipos fabricados por Huawei y ZTE, e incluso advertía contra el peligro del uso de sus teléfonos inteligentes. Desde entonces y hasta ahora algunos factores se han mantenido imperturbables en la estrategia de desinformación estadounidense:

— El carácter selectivo de las compañías blancas de ataque.

— La beligerancia del lenguaje, compañías chinas como brazos técnicos del espionaje a gran escala de Pekín y, por ende, la idea central asociada de que estas compañías representan un peligro contra la seguridad nacional.

— La falta de pruebas. Desde entonces, los teléfonos y la actividad de las empresas chinas de telecomunicaciones, en especial Huawei y ZTE, han estado bajo el escrutinio técnico y político a través de audiencias en el Congreso, e inspecciones de equipos, y en todos los casos las conclusiones han sido las mismas, “no hay evidencia concluyente” de participación en espionaje o de que éstas sean un peligro directo contra la seguridad nacional de Estados Unidos.

<sup>13</sup> Cuando China ingresó a la OMC en 2001, se le impuso el estatus especial de “economía en transición”, con el argumento de que no contaba con una economía de mercado, otorgándosele un trato similar al que se había concedido a las economías europeas antes vinculadas al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). Este dato era crucial para las acusaciones *antidumping* (AD) que los socios de la OMC pudieran establecer en contra de productos chinos,

acuerdo de enero no sólo no recogía las exigencias chinas, sino que por esas mismas fechas Washington imponía nuevas restricciones a las exportaciones de alta tecnología a China, que endurecían las ya vigentes.

Finalmente, el acuerdo naufragó, al menos en parte, por el brote de la epidemia del coronavirus en China y su posterior propagación mundial y la escalada de las tensiones en la relación bilateral que le siguieron, pero evidenció que aun en el peor de los escenarios, todavía hay oportunidades para la negociación, como ha insistido una y otra vez China.

Como consecuencia, todo indica que Estados Unidos quiere apostar por la estrategia de “desacoplamiento”, que perseguiría revertir la interdependencia económica alcanzada. Si antes Washington impuso a Pekín más globalización, en el entendido de

---

pues los precios de éstos no responderían nunca a condiciones de mercado. Según las acusaciones AD, el país afectado podría usar los precios de un tercer país para calcular la magnitud del daño a su producción local. Esto abriría la posibilidad de tomar el dato del país más ineficiente en ese producto, el de mayor costo, de modo de amplificar la diferencia con el valor del producto chino, mucho más barato, y aplicar el *antidumping* por esa diferencia. Este estatus especial concluyó el 11 de diciembre de 2016, y China esperaba que de allí en adelante ya no se le aplicara más ese trato discriminatorio. Sin embargo, un día después, el secretario de Comercio estadounidense señaló que no veía motivos para cambiar su política en este ámbito ni tampoco existían reglas internacionales que lo forzaran a ello. La Unión Europea se manifestó en igual dirección. Esta posición se ha mantenido invariable hasta nuestros días. China estima, por el contrario, que en el documento que consagró el ingreso de China a la OMC, el apartado a.ii del artículo 15 de su ingreso explica con claridad que en la fecha indicada de diciembre de 2016, el estatus de China como economía de mercado debería ser de aplicación automática. Vale la pena destacar que cualquier negociación comercial de China tendiente a un acuerdo de libre comercio o a un esquema especial de cooperación económica y de inversiones tiene como requisito previo que la contraparte le reconozca el “estatus de economía de mercado”, y, por ende, renuncie a este trato discriminatorio en eventuales denuncias de AD a exportaciones chinas. La estrategia china opera entonces sobre dos líneas: una, hacer valer sus derechos en la OMC, y la otra, sumar reconocimientos unilaterales a su condición de economía de mercado a través de acuerdos comerciales o de cooperación económica. El tema en la OMC sigue en el plano de las disputas comerciales.

que el crecimiento económico, en un contexto de mayor interacción con las potencias occidentales, terminaría por debilitar las posiciones del Partido Comunista y a la vez fortalecería las tendencias liberales y determinaría un cambio de rumbo político-ideológico, ahora opta por lo contrario: menos globalización, menos interacción, estrategia que no pocos ya se han apresurado a calificar como de “nueva Guerra Fría”, pero que carece de elementos para equipararla a lo acontecido con la desaparecida Unión Soviética.

Las primeras manifestaciones de esta política ya son visibles: los intercambios comerciales entre las partes cayeron, el año pasado, a su punto más bajo desde 2012. Los productos hechos en China que llegaron al mercado estadounidense retrocedieron en un -16.2% (unos 13,842 millones de dólares menos), mientras que la caída de los productos estadounidenses que llegaron al mercado chino lo hicieron en -21% (unos 32,768 millones de dólares menos). China pasó de ser el principal socio comercial de Estados Unidos, por volumen comercial total, puesto que había venido sosteniendo de manera ininterrumpida desde 2015, al tercer lugar, ahora por detrás de México y Canadá.

Según el Comité Nacional de Relaciones entre Estados Unidos y China y la consultora Rhodium Group, en un reporte, destaca que la inversión en ambas direcciones entre Estados Unidos y China cayó a su mínimo en siete años. Durante 2019, la inversión directa china fluyó a Estados Unidos a un ritmo promedio de aproximadamente dos mil millones trimestrales, cifra que se desplomó a doscientos millones de dólares en el primer trimestre de 2020, lo que es casi un alto total. Sin embargo, respecto a la participación de Estados Unidos en China, en 2019 las empresas estadounidenses invirtieron 14,000 millones de dólares, por encima de los 13,000 millones de 2018. Aunque en 2020 es previsible una reducción, ésta es asociada en mayor medida a una consecuencia directa del impacto de la crisis sanitaria provocada por epidemia del covid-19, más que a una retirada masiva de empresas estadounidenses del mercado chino. De hecho, en el informe citado se

establece que los anuncios de nuevas inversiones estadounidense en China en el primer trimestre de 2020 sumaron 2.3 mil millones de dólares, inferior al promedio de 3.5 mil millones que mantuvieron durante todo 2019. El informe reconoce que no hay cambios significativos en las operaciones de las empresas estadounidenses en China, aunque alerta que un agravamiento en las tensiones podría significar pérdidas importantes para dichas compañías. A pesar de la presión de Trump y sus reiterados llamados a las propias empresas de Estados Unidos y a la de otras economías, como la taiwanesa, para que salgan de China, prometiéndoles ventajas impositivas y de otro tipo si se instalan en territorio estadounidense, las estadísticas evidencian una poca disposición, al menos hasta ahora, a seguir esas decisiones, marcadas por la lógica política y estratégica, en tanto no queda claro que se puedan implementar adecuadamente.

Hay consenso en asumir que la restauración de ciertas industrias no es posible a corto y mediano plazo desde una óptica estrictamente empresarial y económica, pero esa lógica parece no caber en la doctrina de “America First”. Washington hoy clama por romper las cadenas de suministros globales y hasta liquidar de facto a la OMC si ello supone un freno para Pekín. Sin embargo, ni la guerra comercial ni la estrategia de desacople, más allá de las importantes dificultades que han creado y crearán para China, no significan una erosión significativa en el singular modelo de desarrollo chino, ni en el papel central de China, en la “globalización corregida” (Xulio Ríos, 2020) que se nos viene.

El desacople es, en definitiva, una expresión más de la Estrategia Nacional de Seguridad de 2017, China como el principal enemigo del “mundo libre”. Obviamente, no se trata de un tema de déficit comercial, que Estados Unidos tiene con más de cien economías, sino de minar las bases estructurales que aportan el vigor y la solidez al modelo chino, empezando por su soberanía. Desde Pekín se apuesta por ganar tiempo, e insisten en la necesidad de reconducir las relaciones hacia la base de las negociaciones que permitan ganar cierto nivel de confianza estratégica, a



la vez que reconocen que tienen margen para ceder en temas no esenciales, como incrementar compras de mercancías estadounidenses y mantener impulso a la reforma en los sectores claves que terminen por mejorar aún más el ambiente de negocios para las compañías extranjeras.

### III. QUÉ PODEMOS ESPERAR

No hay duda de que los desacuerdos y las contradicciones serán la esencia de los vínculos bilaterales de aquí en adelante. Trump ha tenido éxito en posicionar, como nunca antes, una percepción muy negativa de China en Estados Unidos. Encuestas recientes mostraban que sólo el 26% de los estadounidenses tenían una visión positiva sobre China. Según una encuesta reciente del Pew Research Center, el 91% de los estadounidenses encuestados consideran a China como una amenaza; el 62% de ellos la considera la principal amenaza, mientras que un 29%, como una amenaza menor. La visión negativa sobre China pasó del 48% en 2018 al 60% al final de 2019, y tras la desinformación y la manipulación sobre el origen y desarrollo de la pandemia del covid-19 llegó al 66% en abril, y a un alarmante 73% en julio, la mayor proporción desde que comenzó este tipo de estudios en 2005. Todo indica que esta tendencia se mantendrá, con Trump y sus principales seguidores, reiterando una y otra vez sus posicionamientos contrarios a China.

Queda claro que de aquí a las elecciones presidenciales de noviembre de este año no habrá cambios significativos en lo que respecta a la actitud de Washington hacia China. La “desconfianza estratégica” y la “verificación” seguirán siendo los factores esenciales de la política de Trump, en parte, porque desde los sectores más conservadores en Estados Unidos están convencidos de que es el único camino para obstaculizar y, si es posible, descarrilar el desarrollo chino; pero también por las implicaciones de política interna. Jugar la carta “china” le ha sido a Trump a lo largo de

toda su administración un punto positivo de atracción y movilización de una parte importante de su base social.

Por otra parte, Biden y los demócratas, en esencia, también se sumarán, con entusiasmo, a la diatriba anti China, al menos hasta noviembre. No hay espacio para un discurso moderado, mucho menos para uno de conciliación o de mantenimiento del *statu quo*. Con las encuestas que evidencian que la retórica condenatoria y la proyección de la visión de enemigos ha calado en parte del electorado, sólo cabe esperar más ataques desde todos los frentes. Y China lo sabe.

Más allá de los resultados de las elecciones de noviembre, la identificación de China como principal enemigo estratégico no parece que va a sufrir variación; por ende, la confrontación y la visión de competidores será muy posiblemente la que termine imponiéndose. En cualquier caso, hay consenso en considerar que la etapa de crispación en las relaciones bilaterales será prolongada. Sin embargo, entre el candidato demócrata y el republicano hay diferencias tanto en doctrina como en estilo, a saber:

— En general, para la administración Trump, China es una “potencia revisionista”, su “competidor estratégico”, y sobre esa base perciben las relaciones bilaterales como de suma cero, ganador-perdedor. Si bien Biden y los demócratas han destacado el “desafío de China”, todavía tienen pendiente definirlo. La plataforma del Partido Demócrata 2020 cree que el desafío que presenta China “no es principalmente de carácter militar”. Como en el pasado, cabe esperar de los demócratas cooperación en temas de interés mutuo como cambio climático, no proliferación de armas y potencialmente acciones de ambas partes que aseguren que la “rivalidad no ponga en riesgo la estabilidad global”.

— Posiblemente continuarán los esfuerzos por el reequilibrio económico y el desacoplamiento tecnológico parcial. La posición de Trump y sus partidarios parece clara, y no creo que variará demasiado. La guerra tecnológica, presentada como guerra comercial, continuará siendo siempre una herramienta de poder, aunque sus resultados concretos ciertamente son insuficientes. Si bien Bi-

den no está de acuerdo con el enfoque de la administración Trump sobre los lazos económicos con China, esencialmente con el uso de aranceles para hacer frente a los desequilibrios comerciales, también enfatiza las premisas del “comercio justo”; “seguridad económica es seguridad nacional”; ha prometido salvaguardar la industria nacional y los empleos; fortalecer la protección de propiedad intelectual, la tecnología y la seguridad en la cadena de suministro de la economía estadounidense.

— El tema de los derechos humanos. Trump lo suele utilizar como parte de su diatriba anti-China, pero no es lo esencial en su política hacia Pekín. En cambio, un supuesto gobierno demócrata será, como en el pasado, especialmente duro y celoso con este tema, que consideran esencial en su aspiración de influir en un cambio de signo político en el modelo chino.

— A diferencia de Trump, un Ejecutivo demócrata estará en mejores condiciones de trabajar con sus socios europeos y algunos asiáticos en el diseño de ciertas políticas de contención hacia China, derivadas de los temores o desconfianzas propios de esas naciones hacia Pekín. Éste es un cambio sustancial y, posiblemente, uno de los que más alerta podría tener al liderazgo chino.

#### IV. IMPLICACIONES PARA MÉXICO

Para un país como el nuestro, la situación requiere un manejo cuidadoso de sus relaciones internacionales. No es un desafío menor que nuestros dos principales socios económicos estén enfrentados en una guerra tecnológica con implicaciones comerciales y de todo tipo. De momento, México parece sacar beneficios tangibles del enfrentamiento, posicionándose como el principal socio comercial de Estados Unidos, con unas exportaciones que crecieron un 3.5% en 2019 con respecto al año anterior, y unas importaciones que decrecieron en un -4,7%. Sin embargo, con una administración tan susceptible al tema de los déficits y tan volátil e imprevisible en sus estrategias económicas y comerciales,

lo que a priori es considerado como un paso hacia delante podría convertirse en un factor de desencuentro de mantenerse el actual liderazgo en Washington. Una mejor relación y una retórica menos agresiva con respecto a México son factores que potencian las ventajas comparativas mexicanas, sobre todo las relacionadas con la cercanía geográfica, el acceso preferencial que da el TMEC, y las asociadas a la manufactura, como mano de obra competitiva, calificada y productiva, núcleos de suministros sólidos en algunas industrias priorizadas, etcétera.

En momentos que Estados Unidos pretende facilitar e impulsar la relocalización de sus empresas de China a territorio nacional, o al menos hacia la región de América del Norte, México puede verse favorecido. Sin embargo, se trata de un proceso, en el mejor de los casos, lento, y para nada consolidado. Al día de hoy, la mayor parte de las empresas estadounidenses y de otras regiones con bases manufactureras en China apuestan por mantenerse en el mercado chino, y las que salen optan mayormente por trasladarse a otros países de la región asiática, por la importancia de mantenerse cerca de las cadenas de suministros y por las facilidades y ventajas fiscales que éstos ofrecen a la inversión extranjera. Por otra parte, México, como en ocasiones anteriores, debería jugar con inteligencia, y a la vez que mantener relaciones pragmáticas y activas con ambos socios, quedar al margen de las tentaciones de tomar partido en la disputa estratégica, y apostar por seguir comprometidos con el multilateralismo.

## V. ANEXO

El avance de China en temas tecnológicos, en el desarrollo de capacidades I+D, educación y ciencia, ha sido una prioridad de las autoridades chinas y esencia del cambio del modelo de desarrollo en el que el país está ya plenamente sumido. A continuación, algunas evidencias del vertiginoso cambio tecnológico chino:

— En China, cada año se gradúan cinco veces más estudiantes STEM (ciencias tecnológicas, ingenierías y matemáticas) que en Estados Unidos.

— En 2015, el gasto chino en investigación, desarrollo e innovación (I+D+I) superó al de la Unión Europea.

— El gasto de China en investigación y desarrollo (I+D) representa el 21% del gasto mundial. El dato, de por sí ilustrativo, es además relevante, porque esa participación excede a la de China en el PIB mundial.

— El gasto chino en I+D en 2019 sumó 2,214 billones de yuanes (321,300 millones de dólares), el 2.23% del PIB, el pico máximo histórico y un aumento de 12.5% con respecto al crecimiento del año anterior. El gasto de China en I+D ha registrado un crecimiento de dos dígitos por cuatro años consecutivos, con el ritmo de crecimiento del año pasado acelerando en 0,7 puntos porcentuales con respecto al del anterior. La inversión en investigación básica se situó en 133,560 millones de yuanes en 2019, representando el 6% del gasto total. El gasto en I+D de las empresas aumentó un 11.1% interanual a 1,69 billones de yuanes, lo que representa el 76.4% del total. Mientras tanto, el gasto en I+D de las instituciones de educación superior aumentó un 23.2% con respecto al año anterior a 179.660 millones de yuanes, lo que representa el 8.1% del gasto total del país en I+D. La inversión en I+D en el sector de fabricación de alta tecnología alcanzó los 380,400 millones de yuanes, o el 2.41% de los ingresos operativos totales del sector, lo que representa un aumento de 0,14 puntos porcentuales con respecto a 2018. En 2019, seis regiones de nivel provincial, a saber: Guangdong, Jiangsu, Beijing, Zhejiang, Shanghai y Shandong, invirtieron cada una más de 100,000 millones de yuanes en I+D. El gasto en I+D en las regiones occidental y central del país registró el año pasado crecimientos interanuales del 14.8 y el 17.7%, respectivamente, muy por encima de aquel de la zona oriental, que aumentó un 10.8%.

— China está experimentando un incremento en el número de empresas relacionadas con la inteligencia artificial (IA) a me-

didada que los empresarios acuden en masa para capturar el crecimiento en el terreno. Hasta el 20 de agosto, el país registró más de 210,000 nuevas empresas de IA en 2020, cifra que representó un aumento interanual del 45.27%. Cerca de 950,000 empresas en China tienen negocios relacionados con la inteligencia artificial, robots, procesamiento de datos, computación en la nube, reconocimiento de voz e imagen y procesamiento del lenguaje natural. El tamaño del mercado de *software* y aplicación de IA de China alcanzará a 12,750 millones de dólares en 2024, según la firma de inteligencia de mercado global International Data Corporation.

— China posee nueve de las veinte empresas tecnológicas más importantes a nivel global, aunque es cierto que las once restantes son todas estadounidenses. El desarrollo infraestructural 5G en China es el más avanzado a nivel mundial. Hasta agosto 2020, el país ya había construido quinientas mil estaciones base 5G, y el número de conexiones de terminales 5G ha superado los cien millones. 5G ha estado liderando el desarrollo de aplicaciones en industrias y campos, como puertos, maquinaria, automóviles, acero, minería y energía. El uso de 5G en áreas clave, como Internet industrial, redes de automóviles, atención médica y educación, se está acelerando.

— En 2019, la escala del área de Internet industrial de China alcanzó los 2,13 billones de yuanes, y se espera que esta cifra supere los cinco billones de yuanes en 2025. Mientras que la escala de la industria clave de inteligencia artificial (IA) de China ha alcanzado los 51,000 millones de yuanes (unos 7,500 millones de dólares) a fines de 2019, a la vez que la cantidad de empresas de IA superó las 2,600.

— En el Índice Mundial de Innovación 2020, China ocupó el lugar 14, que venía ocupando desde la medición anterior. Actualmente, el gigante asiático cuenta con diecisiete clústeres tecnológicos de primer nivel mundial, entre los que destacan Shenzhen-Hong Kong-Guangzhou y Beijing, y ocupa el segundo y el cuarto puesto, respectivamente, dentro del Índice Mundial de Innovación.

— Huawei ha declarado 3,147 patentes esenciales estándar (SEP, por sus siglas en inglés) de 5G, y ocupa el primer lugar en el número de SEP entre las empresas 5G de todo el mundo, informó ifeng.com. De acuerdo con los últimos datos de IPlytics, una empresa alemana de datos de patentes, las SEP declaradas por la compañía tecnológica china representaron el 15.05 por ciento del total mundial, cifra que convierte a Huawei en líder dentro del sector de las comunicaciones 5G. De acuerdo con el informe financiero de Huawei, durante el año fiscal 2019 la compañía gastó 131,66 mil millones de renminbi (18.49 mil millones de dólares estadounidenses) en investigación y desarrollo, valor que representó el 15.3% de sus ingresos totales. Los datos también muestran que, incluyendo a Huawei y a ZTE, las empresas chinas tienen una participación del 34.02% dentro del total global de las SEP 5G, ocupando el primer lugar en cantidad. En declaración de patentes esenciales estándar 5G, a Huawei le siguen Qualcomm, Nokia, Samsung, LG, ZTE, Ericsson, CATT, NTT DOCOMO e InterDigital.

— En 2018, China superó a Estados Unidos en publicaciones científicas. Esa tendencia ya viene desde 2016, momento en que los investigadores chinos fueron responsables del 18.6% de las publicaciones científicas globales

— Desde hace cinco años, China es el país que registra mayor cantidad de patentes. Según la Organización Mundial de Propiedad Intelectual, entre 1970 y 2000 sólo tres países (Estados Unidos, Japón y Alemania) concentraban dos tercios de registros de patentes en todo el mundo. En su informe oficial de 2019, señalaba que “China explica en gran medida la difusión mundial de las actividades de innovación científica y tecnológica”.

— Durante 2018, la solicitud de patentes de China ascendió a 1.54 millones, lo que representa casi la mitad mundial, según la Organización Mundial de Propiedad Intelectual. La participación de China en el total mundial aumentó 11.6% interanual hasta el 46.4%. Una de cada diez solicitudes recibidas por la Administración Nacional de Propiedad Intelectual de China eran

solicitudes no residentes, es decir, provenían de empresas e innovadores extranjeros. El año pasado, el número de solicitudes de patentes en Estados Unidos fue de 597,141, para ocupar el segundo lugar a nivel mundial. Esto representaba una disminución del 1.6% respecto al año anterior, también la primera caída en diez años. Estados Unidos fue seguido por Japón (313,567) y Corea del Sur (209,992).

— En el 2018, China ocupó el primer lugar en términos de patentes, marcas registradas y aplicaciones de diseños industriales. La actividad de archivo en China creció un 11.6% para las patentes, un 28.3% para las marcas y un 12.7% para los diseños industriales

— Cada año, en China se gradúan 34,000 doctores en materias científicas y técnicas.

— Hace quince años, las empresas extranjeras tenían doscientos centros de I+D+I en China. En 2018 eran alrededor de 1,800.

— Hace diez años, China explicaba el 1% de las transacciones globales de *e-commerce*. Hoy es responsable del 42%, y procesa once veces más pagos móviles que Estados Unidos.

— La inversión de capital de riesgo, una pieza clave en el desarrollo de la industria tecnológica, pasó de 3 mil millones en 2013 a 44 mil millones de dólares en 2016, lo que incrementó la participación china en este rubro hasta el 27%, mundial. Estados Unidos mantuvo con 70 mil millones el liderazgo global; sin embargo, China crece a una tasa promedio anual varias veces superior a la de cualquier otro país, incluyendo Estados Unidos. De hecho, en 2018 China aumentó quince veces su crecimiento en este rubro en relación con 2013, lo que representa el mayor aumento de cualquier economía en el mundo (*Science Daily*).